

CATALUÑA

PRÓLOGO (1)



Si la pasada excursión por el Principado no te fué enojosa ni nuestra compañía desapacible; bien recordarás, lector, con cuánta buena voluntad y no sin riesgo procuramos guiarte en el examen de los sitios y monumentos más notables, únicos que las circunstancias de entonces nos permitieron visitar. El humo de las descargas aún se cernía tristemente sobre las azuladas copas de los pinos; los ríos reflejaban el brillo siniestro de las armas y los semblantes de los combatientes, y sobre las ruinas de nuestros monumentos más antiguos dábase y recibíase la muerte con valor y ferocidad grandes. En vano aplicamos de lejos el oído para recoger un eco de los cantares montañeses; ninguna voz humana realzaba la

(1) Aunque este prólogo que iba al frente del segundo tomo, en la primera edición, contiene algunas alusiones al primero, no vacilamos en reproducirlo íntegro, deseosos de conservar una de las más bellas páginas que escribió su autor, la cual explica además, mejor que lo haríamos nosotros, el espíritu que le animaba y la índole de su obra.

armonía de la naturaleza, ni venía á perderse entre los murmullos del espacio; no sonaban dulcemente en las alturas la flauta ni la gaita; y el toque aborrecido de las trompetas sobrepujaba todos los demás sonidos, á la manera con que una tinta de sangre vence á las demás de un cuadro apacible. Así nuestra excursión fué parcial y no sujeta á un plan coordinado y de antemano resuelto; y con gran pesar nuestro te dimos una noticia incompleta y truncada de los principales puntos de la historia catalana, y hubimos de privarte del examen de no pocos sitios y fábricas ricos en recuerdos, importantes á la anticuaría y como datos á los anales del Arte. Visitamos con lentitud las ciudades primeras de Cataluña, mas no pusimos el pié en el interior; y si alguna vez nos atrevimos á correr alguna comarca lejana, la celeridad con que hubimos de hacerlo y las circunstancias fueron tales, que no pudimos ni llevar á cabo nuestros proyectos con la madurez y perfección que deseáramos, ni dejar de retraernos de aquel propósito. Mas aunque suspendimos el viaje, jamás nos abandonó el intento de concluirlo para cuando la condición de los tiempos consintiese mayor seguridad y detenimiento; y bien te lo indicamos, recuérdalo, con aquella somera explicación de los monumentos y bellezas que aún quedaban por admirar en Cataluña.

Ahora cumplimos nuestras ofertas, y con el álbum en la mano te convidamos á continuar la excursión suspendida. Nuestro entusiasmo es tan ardiente como entonces; nuestra afición á los recuerdos de la patria, mayor; y la inclinación al Arte ha venido á ser en nosotros la única á que quisiéramos consagrar nuestra existencia. La miseria de todo lo presente ahora más que nunca nos lleva á la contemplación de nuestras glorias pasadas; y el corazón, llagado por el desengaño y las amargas experiencias de la vida, más que nunca apetece con ansia aquel bálsamo dulcísimo, que el espectáculo armónico de la naturaleza derrama en el del hombre entusiasta, forzándole á escuchar aquel sonido inmenso de amor en que se confunden todos sus sonidos, é

inundándole de un amor más puro, más fuerte que el primero, á pesar del desengaño y de la experiencia. ¿Se habrá entibiado en tu corazón la santa llama de entusiasmo y de amor á lo bello y á lo antiguo, que tan de veras procuramos encender en ti durante la anterior correría? Nosotros pediremos á nuestra fe y á nuestra esperanza nuevas fuerzas para reanimar las tuyas; y con más ardor trabajaremos en la exposición de lo pasado, para que la vida y el vigor de aquella edad viril y robusta reenciendan tu entusiasmo y comuniquen á tu alma vigor y vida. Y afortunadamente nuestra buena voluntad será poderosamente secundada por la materia misma; y si lo que juntos anduvimos admirando en el primer viaje te sirvió de solaz y deleitación honesta, ahora el interior de Cataluña te convida con más frecuentes y variadas ocasiones de admiración y goce, y fiero en medio de su esterilidad y pobreza como en su abundancia te abre el riquísimo tesoro de sus bellezas, de sus monumentos y de sus brillantes anales.

Las aguas del Mediterráneo reflejan los risueños paisajes de la costa y aquellas vistosas poblaciones y limpios caseríos que la orlan y la enriquecen; las llanuras y los valles vecinos, merced á la constancia y amor del labrador al trabajo, ostentan los frutos, que en otras provincias la tierra gruesa y feraz arroja de su seno en abundancia y fácilmente, bien como madre propicia; y en las tierras altas una línea de cumbres cierra el horizonte, mientras otras más elevadas asoman detrás de ellas hasta perderse en la cordillera de donde nacen. Áspera y quebrada, allí la naturaleza revela su sublimidad y descubre sus mayores encantos: al fondo de los barrancos estrechos blanquea el lecho ignorado de los torrentes, medio oculto por los espesos matorrales y árboles que guarnecen entrambas partes del precipicio; y en torno de los picachos negruzcos voltea la niebla con lentitud y misterio. Dulce, muy dulce es contemplar desde una eminencia aquellos picachos, en que la fantasía crea castillos gigantescos, almenados torreones; y mirar cuál á lo

lejos suben los Pirineos ya resplandecientes con las nieves de su cima, ya confundiéndose con los vapores del cielo, ó como Monseny asoma su triple cresta ceñida de nubes al antepecho que otras alturas inmediatas é inferiores le forman. Pero si en aquellas cimas la imaginación se espacia y el alma ansía remontarse en libre vuelo á la patria primitiva, que el velo de la razón le oculta, los ríos, imagen del movimiento y alma de aquella naturaleza inmóvil, recuerdan la brevedad de la vida y el orden eterno de la creación, al paso que los ojos se ceban en sus márgenes ora escarpadas, ora risueñas, como son risueñas y escarpadas las épocas que atraviesa el curso de la existencia humana. El Ter deslízase con majestad por los llanos que fecunda; ó encerrado al fondo de los desfiladeros muge sordamente sobre su límpido lecho de roca, y su rumor acompaña la salvaje armonía de los arbustos y de los pinos que pueblan las vertientes. El Segre forceja sombrío y ceniciento con los inmensos peñascos que le oprimen, hasta que abriéndose paso orla la antigua ciudad de los Condes de Urgel, baña los muros de la pintoresca Lérida, y tapizando de verdor aquellas campiñas, va á perderse en el Ebro. El Cardoner, aunque de breve curso, bien fuerza á seguirlo y admirarlo por poético, cuando después de lamer la falda de la colina salada, camina al lugar de su muerte. Pues las márgenes del Llobregat, ¿á quién no llenan de un entusiasmo temeroso, cuando altas é inmediatas al parecer déjense casi salvar de un salto por el ágil montañés, ó á qué corazón no traen regocijo y dulcedumbre, cuando llanas y fértiles conducen las aguas por los campos de la Laetania?

Junto á las márgenes de los ríos, al lado de los arroyos que los acrecientan, al pié de las cascadas invernales de los torrentes, levantan los monumentos sus muros verdosos y ennegrecidos por los siglos. Las llamas, es verdad, han derribado gran parte de las páginas más antiguas del Arte cristiano en Cataluña; mas son tales las que subsisten, que bien pueden ofrecer un estudio completo del género romano-bizantino, y con gloria



CATALUÑA. — Labrador del llano de Barcelona

del Principado patentizar cuánto aquí y en aquellos principios de nuestra restauración aventajaba la arquitectura á la de las demás provincias. Empero una triste soledad reina en los más de esos edificios, abandonados á la humedad y á una ruina lenta; ya el hondo són de la campana, sobrepujando el murmurio de las aguas y de las hojas, no se quiebra en las hondonadas ni guía al viajero; los desiertos monasterios aparécense bruscamente á sus ojos entre el bosque que los rodea, y las portadas bizantinas levántanse ignoradas á la sombra de los peñascos. En medio de las nieblas que circuyen las cumbres, alzan los castillos sus frentes despedazadas, ó por entre los claros de las florestas los altivos homenajes muestran sus ladroneras y sorprenden las miradas de quien desde una altura los descubre; también ellos han sido estragados por el furor de los combates, y la silueta de sus arcos aéreos y paredones aislados dibújase sobre el nocturno resplandor de la luna como una visión incierta. En el seno de las montañas ábrense cuencas, que semejan lagos de verdor; y en las gargantas, que descienden á esos valles, antiguas torres coronan las colinas y defienden los pasos, mientras otras atalayas salpican la costa y asoman sus almenas y ladroneras por encima de los naranjos. También junto á los ríos ó en la cresta de las colinas, las buenas villas y ciudades ostentan su conjunto pintoresco ó las cúspides de sus edificios; y las que no conservan los muros, á cuyo abrigo defendieron sus leyes y su independencia, tienen plazas y pórticos donde aún se respira el aire de los venerables tiempos antiguos.

Si estas bellezas y estos monumentos ya llevan en sí mismos aquel sello sagrado de poesía que les atrae el respeto y los hace manantial abundantísimo de las emociones más puras, los recuerdos históricos dan nuevo valor á las fábricas y á los sitios, y las sombras del pasado pueblan los desiertos y las comarcas. El genio popular hinche de armonía los bosques, y por encima de las cumbres la tradición une la cadena de las generaciones. Desde estas rocas nuestros padres lidiaron por su independen-